

Oscar Wilde

El Pescador y su Alma



E LEJANDRIA

Oscar Wilde

El Pescador y su
Alma



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL PESCADOR Y SU ALMA

OSCAR WILDE

PUBLICADO: 1891

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: THE FISHERMAN AND HIS SOUL

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL PESCADOR Y SU ALMA

OSCAR WILDE

Cada tarde, el joven Pescador salía al mar y lanzaba sus redes al agua.

Cuando el viento soplaba desde tierra, no atrapaba nada o, en el mejor de los casos, muy poco, pues era un viento amargo y de alas negras, y olas bravas se levantaban para enfrentarlo. Pero cuando el viento soplaba hacia la costa, los peces venían desde lo profundo y nadaban hacia las mallas de sus redes, y él los llevaba al mercado y los vendía.

Cada tarde salía al mar, y una tarde la red era tan pesada que apenas podía arrastrarla hasta el bote. Y se rió y se dijo a sí mismo: "Seguramente he capturado a todos los peces que nadan, o atrapé a algún monstruo torpe que será una maravilla para los hombres, o alguna cosa de horror que la gran Reina deseará", y poniendo todo su esfuerzo, tiró de las cuerdas gruesas hasta que, como líneas de esmalte azul alrededor de un jarrón de bronce, las largas venas se levantaron en sus brazos. Tiró de las cuerdas delgadas, y más y más cerca vino el círculo de corchos planos, y al fin la red subió a la superficie del agua.

Pero no había ningún pez en ella, ni monstruo ni cosa de horror, sino solo una pequeña Sirena yacía dormida profundamente.

Su cabello era como un vellón mojado de oro, y cada cabello separado como un hilo de fino oro en una copa de vidrio. Su cuerpo era como marfil blanco, y su cola era de plata y perla. De plata y perla era su cola, y las verdes algas del mar se enroscaban alrededor de ella; y como conchas marinas eran sus orejas, y sus labios eran como coral marino. Las frías olas chocaban sobre sus fríos pechos, y la sal brillaba sobre sus párpados.

Tan hermosa era que cuando el joven Pescador la vio, se llenó de asombro, y extendió su mano y acercó la red a él, y inclinándose sobre el costado, la tomó en sus brazos. Y cuando la tocó, ella dio un grito como de una gaviota asustada, y despertó, y lo miró con terror con sus ojos de amatista malva, y luchó para escapar. Pero él la sostuvo firmemente contra él, y no permitió que se fuera.

Y cuando ella vio que de ninguna manera podía escapar de él, comenzó a llorar, y dijo: "Te ruego que me dejes ir, pues soy la única hija de un Rey, y mi padre es anciano y está solo".

Pero el joven Pescador respondió: "No te dejaré ir a menos que me hagas una promesa de que siempre que te llame, vendrás y cantarás para mí, pues a los peces les encanta escuchar la canción del Pueblo del Mar, y así mis redes estarán llenas".

"¿Me dejarás ir de verdad si te prometo esto?", gritó la Sirena.

"De verdad te dejaré ir", dijo el joven Pescador.

Así que ella le hizo la promesa que él deseaba, y la juró por el juramento del Pueblo del Mar. Y él soltó sus brazos de alrededor de ella, y ella se hundió en el agua, temblando con un extraño temor.

Cada tarde, el joven Pescador salía al mar y llamaba a la Sirena, y ella surgía del agua y cantaba para él. Alrededor de ella nadaban los delfines, y las gaviotas salvajes giraban sobre su cabeza.

Y ella cantó una canción maravillosa. Pues cantó sobre el Pueblo del Mar que conduce sus rebaños de cueva en cueva y lleva a los pequeños terneros sobre sus hombros; sobre los Tritones que tienen largas barbas verdes, pechos peludos y soplan a través de caracolas

torcidas cuando pasa el Rey; sobre el palacio del Rey que es todo de ámbar, con un techo de esmeralda transparente y un pavimento de perla brillante; y sobre los jardines del mar donde los grandes abanicos de coral filigranado se mecen todo el día, y los peces se disparan como pájaros de plata, y las anémonas se aferran a las rocas, y las clavelinas brotan en la arena amarilla acanalada. Cantó sobre las grandes ballenas que vienen desde los mares del norte y tienen agudos carámbanos colgando de sus aletas; sobre las Sirenas que cuentan cosas tan maravillosas que los mercaderes tienen que taparse los oídos con cera para no escucharlas, y saltar al agua y ahogarse; sobre las galeras hundidas con sus altos mástiles, y los marineros congelados aferrándose a los aparejos, y los caballos de mar nadando dentro y fuera de las portillas abiertas; sobre los pequeños percebes que son grandes viajeros y se aferran a las quillas de los barcos y dan la vuelta al mundo; y sobre los calamares que viven en los lados de los acantilados y extienden sus largos brazos negros, y pueden hacer que llegue la noche cuando ellos lo desean. Cantó sobre el nautilus que tiene su propio bote tallado de ópalo y dirigido con una vela de seda; sobre los felices Tritones que tocan arpas y pueden encantar al gran Kraken para que duerma; sobre los pequeños niños que se agarran de los resbaladizos delfines y montan riendo sobre sus espaldas; sobre las Sirenas que yacen en la espuma blanca y extienden sus brazos a los marineros; y sobre los leones marinos con sus colmillos curvos, y los caballos de mar con sus crines flotantes.

Y mientras ella cantaba, todos los atunes venían desde lo profundo para escucharla, y el joven Pescador lanzaba sus redes alrededor de ellos y los capturaba, y a otros los tomaba con una lanza. Y cuando su barco estaba bien cargado, la Sirena se hundía de nuevo en el mar, sonriéndole.

Sin embargo, ella nunca se acercaba tanto como para que él pudiera tocarla. Muchas veces la llamaba y le rogaba, pero ella no accedía; y cuando intentaba atraparla, se sumergía en el agua como lo haría una foca, ni la veía de nuevo ese día. Y cada día el sonido de su voz se hacía más dulce para sus oídos. Tan dulce era su voz

que olvidaba sus redes y su astucia, y no se preocupaba por su oficio. Con aletas de bermellón y ojos de oro abultado, los atunes pasaban en bancos, pero él no les hacía caso. Su lanza yacía a su lado sin usar, y sus cestas de mimbre estaban vacías. Con los labios entreabiertos y los ojos empañados de asombro, se sentaba ocioso en su barco y escuchaba, escuchando hasta que la niebla marina lo rodeaba, y la luna errante teñía sus miembros morenos de plata.

Y una tarde la llamó y dijo: "Pequeña Sirena, pequeña Sirena, te amo. Tómame por tu esposo, pues te amo".

Pero la Sirena sacudió su cabeza. "Tienes un alma humana," respondió. "Si solo pudieras enviar lejos tu alma, entonces podría amarte."

Y el joven Pescador se dijo a sí mismo, "¿De qué me sirve mi alma? No puedo verla. No puedo tocarla. No la conozco. Seguramente la enviaré lejos de mí, y mucha alegría será mía." Y un grito de júbilo brotó de sus labios, y de pie en el bote pintado, extendió sus brazos hacia la Sirena. "Enviaré mi alma lejos," gritó, "y tú serás mi novia, y yo seré tu novio, y en la profundidad del mar viviremos juntos, y todo lo que has cantado me lo mostrarás, y todo lo que deseas lo haré, ni nuestras vidas estarán divididas."

Y la pequeña Sirena rió por el placer y escondió su rostro entre sus manos.

"Pero, ¿cómo enviaré mi alma lejos de mí?" gritó el joven Pescador. "Dime cómo puedo hacerlo, y ¡mira! será hecho."

"¡Ay! No lo sé," dijo la pequeña Sirena: "el Pueblo del Mar no tiene almas." Y se hundió en lo profundo, mirándolo anhelantemente.

Ahora, temprano en la mañana siguiente, antes de que el sol estuviera a la altura de la mano de un hombre sobre la colina, el joven Pescador fue a la casa del Sacerdote y golpeó tres veces a la puerta.

El novicio miró a través de la mirilla, y cuando vio quién era, echó hacia atrás el pestillo y le dijo, "Entra."

Y el joven Pescador pasó y se arrodilló sobre los juncos olorosos del suelo, y lloró al Sacerdote que estaba leyendo el Libro Sagrado y le dijo, "Padre, estoy enamorado de una del Pueblo del Mar, y mi alma me impide tener mi deseo. Dime cómo puedo enviar mi alma lejos de mí, pues en verdad no la necesito. ¿De qué valor es mi alma para mí? No puedo verla. No puedo tocarla. No la conozco."

Y el Sacerdote se golpeó el pecho, y respondió, "¡Ay, ay, estás loco, o has comido de alguna hierba venenosa, pues el alma es la parte más noble del hombre, y nos fue dada por Dios para que la usemos noblemente. No hay nada más precioso que un alma humana, ni ninguna cosa terrenal que pueda ser comparada con ella. Vale todo el oro que está en el mundo, y es más preciosa que los rubíes de los reyes. Por lo tanto, hijo mío, no pienses más en este asunto, pues es un pecado que no puede ser perdonado. Y en cuanto al Pueblo del Mar, están perdidos, y aquellos que quieran traficar con ellos también están perdidos. Son como las bestias del campo que no conocen el bien del mal, y por ellos el Señor no ha muerto."

Los ojos del joven Pescador se llenaron de lágrimas al escuchar las duras palabras del Sacerdote, y se levantó de sus rodillas y le dijo: "Padre, los Faunos viven en el bosque y son felices, y sobre las rocas se sientan los Tritones con sus arpas de oro rojo. Déjame ser como ellos, te lo suplico, pues sus días son como los días de las flores. Y en cuanto a mi alma, ¿de qué me sirve mi alma, si se interpone entre mí y lo que amo?"

"El amor por el cuerpo es vil", gritó el Sacerdote, frunciendo el ceño, "y vil y malvado son las cosas paganas que Dios permite vagar por Su mundo. Malditos sean los Faunos del bosque, y malditos sean los cantores del mar. Los he escuchado en la noche, y han intentado atraerme lejos de mis cuentas. Tocan en la ventana y se ríen. Susurran en mis oídos la historia de sus peligrosas alegrías. Me tientan con tentaciones, y cuando quisiera rezar, me hacen gestos burlones. Están perdidos, te lo digo, están perdidos. Para ellos no hay cielo ni infierno, y en ninguno alabarán el nombre de Dios."

"Padre", gritó el joven Pescador, "no sabes lo que dices. Una vez en mi red atrapé a la hija de un Rey. Es más bella que la estrella de la mañana, y más blanca que la luna. Por su cuerpo daría mi alma, y por su amor renunciaría al cielo. Dime lo que te pido, y déjame ir en paz."

"¡Fuera! ¡Fuera!" gritó el Sacerdote: "tu amante está perdida, y tú estarás perdido con ella."

Y no le dio su bendición, sino que lo expulsó de su puerta.

Y el joven Pescador bajó a la plaza del mercado, y caminó lentamente, y con la cabeza inclinada, como uno que está en dolor.

Y cuando los mercaderes lo vieron venir, comenzaron a susurrarse entre ellos, y uno de ellos salió a su encuentro y lo llamó por su nombre, y le dijo: "¿Qué tienes para vender?"

"Venderé mi alma", respondió. "Te ruego que me la compres, pues estoy cansado de ella. ¿De qué me sirve mi alma? No puedo verla. No puedo tocarla. No la conozco."

Pero los mercaderes se burlaron de él y dijeron: "¿De qué nos sirve el alma de un hombre? No vale un pedazo de plata recortado. Véndonos tu cuerpo como esclavo, y te vestiremos de púrpura marina, y pondremos un anillo en tu dedo, y te haremos el favorito de la gran Reina. Pero no hables del alma, pues para nosotros no es nada, ni tiene ningún valor para nuestro servicio."

Y el joven Pescador se dijo a sí mismo: "¡Qué extraña cosa es esta! El Sacerdote me dice que el alma vale todo el oro del mundo, y los mercaderes dicen que no vale un pedazo de plata recortado." Y salió de la plaza del mercado y bajó a la orilla del mar, y comenzó a reflexionar sobre qué debería hacer.

Y al mediodía recordó cómo uno de sus compañeros, que era recolector de salicornia, le había hablado de una cierta joven Bruja que vivía en una cueva en la cabeza de la bahía y era muy astuta en sus brujerías. Y se puso en marcha y corrió, tan ansioso estaba por deshacerse de su alma, y una nube de polvo lo seguía mientras

corría por la arena de la orilla. Por el picor de su palma, la joven Bruja supo de su venida, y se rió y soltó su cabello rojo. Con su cabello rojo cayendo alrededor de ella, se paró en la entrada de la cueva, y en su mano tenía un ramo de cicuta silvestre que estaba floreciendo.

"¿Qué te falta? ¿Qué te falta?" gritaba ella, mientras él subía jadeante la empinada colina y se inclinaba ante ella. "¿Pescado para tu red, cuando el viento es adverso? Tengo una pequeña flauta de caña, y cuando soplo en ella los mújoles vienen navegando hacia la bahía. Pero tiene un precio, niño bonito, tiene un precio. ¿Qué te falta? ¿Qué te falta? ¿Una tormenta para destrozarse los barcos y arrastrar los cofres del tesoro rico hacia la orilla? Tengo más tormentas que el viento, pues sirvo a uno que es más fuerte que el viento, y con un cedazo y un cubo de agua puedo enviar las grandes galeras al fondo del mar. Pero tengo un precio, niño bonito, tengo un precio. ¿Qué te falta? ¿Qué te falta? Conozco una flor que crece en el valle, nadie la conoce excepto yo. Tiene hojas púrpuras, y una estrella en su corazón, y su jugo es blanco como la leche. Si tocaras con esta flor los duros labios de la Reina, ella te seguiría por todo el mundo. Saldría del lecho del Rey y por todo el mundo te seguiría. Y tiene un precio, niño bonito, tiene un precio. ¿Qué te falta? ¿Qué te falta? Puedo triturar un sapo en un mortero, y hacer caldo de él, y remover el caldo con la mano de un muerto. Espárcelo sobre tu enemigo mientras duerme, y se convertirá en una víbora negra, y su propia madre lo matará. Con una rueda puedo bajar la Luna del cielo, y en un cristal puedo mostrarte la Muerte. ¿Qué te falta? ¿Qué te falta? Dime tu deseo, y te lo daré, y me pagarás un precio, niño bonito, me pagarás un precio."

"Mi deseo es solo una pequeña cosa", dijo el joven Pescador, "aún así el Sacerdote se ha enojado conmigo y me ha expulsado. Es solo una pequeña cosa, y los mercaderes se han burlado de mí y me han negado. Por eso he venido a ti, aunque los hombres te llamen malvada, y pagaré tu precio sea cual sea."

"¿Qué deseas?" preguntó la Bruja, acercándose a él.

"Quiero enviar mi alma lejos de mí", respondió el joven Pescador.

La Bruja se puso pálida, tembló y ocultó su rostro en su manto azul. "Niño bonito, niño bonito", murmuró, "eso es algo terrible de hacer."

Él arrojó hacia atrás sus rizos marrones y se rió. "Mi alma no me importa", respondió. "No puedo verla. No puedo tocarla. No la conozco."

"¿Qué me darás si te lo digo?" preguntó la Bruja, mirándolo hacia abajo con sus hermosos ojos.

"Cinco piezas de oro", dijo él, "y mis redes, y la casa de mimbre donde vivo, y el bote pintado en el que navego. Solo dime cómo deshacerme de mi alma, y te daré todo lo que poseo."

Ella se rió burlescamente de él y lo golpeó con el spray de cicuta. "Puedo convertir las hojas de otoño en oro", respondió, "y puedo tejer los pálidos rayos de luna en plata si así lo deseo. Aquel a quien sirvo es más rico que todos los reyes de este mundo, y posee sus dominios."

"¿Qué te daré entonces", gritó él, "si tu precio no es ni oro ni plata?"

La Bruja acarició su cabello con su delgada mano blanca. "Debes bailar conmigo, niño bonito", murmuró, y sonrió al hablarle.

"¿Nada más que eso?" exclamó el joven Pescador asombrado y se puso de pie.

"Nada más que eso", respondió ella, y le sonrió de nuevo.

"Entonces al atardecer en algún lugar secreto bailaremos juntos", dijo él, "y después de que hayamos bailado me dirás lo que deseo saber."

Ella negó con la cabeza. "Cuando la luna esté llena, cuando la luna esté llena", murmuró. Luego miró a su alrededor y escuchó. Un pájaro azul se levantó gritando de su nido y giró sobre las dunas, y tres pájaros moteados se movieron a través de la gruesa hierba gris

y se silbaron el uno al otro. No había otro sonido excepto el de una ola quejándose contra los suaves guijarros abajo. Así que extendió su mano, lo atrajo hacia ella y puso sus secos labios cerca de su oído.

"Esta noche debes venir a la cima de la montaña", susurró. "Es un Sabbath, y Él estará allí."

El joven Pescador se sobresaltó y la miró, y ella mostró sus dientes blancos y se rió. "¿Quién es Él de quien hablas?" preguntó.

"No importa", respondió ella. "Ve esta noche, y quédate bajo las ramas del carpe, y espera mi llegada. Si un perro negro corre hacia ti, golpéalo con una vara de sauce, y se irá. Si un búho te habla, no le hagas ninguna respuesta. Cuando la luna

esté llena, estaré contigo, y bailaremos juntos sobre el césped."

"¿Pero jurarás decirme cómo puedo enviar mi alma lejos de mí?" preguntó él.

Ella se movió hacia la luz del sol, y a través de su cabello rojo ondeó el viento. "Por las pezuñas de la cabra lo juro", respondió.

"Tú eres la mejor de las brujas", exclamó el joven Pescador, "y ciertamente bailaré contigo esta noche en la cima de la montaña. Ojalá me hubieras pedido oro o plata. Pero tal como es tu precio, lo tendrás, pues es sólo una pequeña cosa". Y se quitó su gorra ante ella, inclinó su cabeza baja y regresó corriendo a la ciudad lleno de una gran alegría.

Y la Bruja lo observó mientras se iba, y cuando él había desaparecido de su vista, entró en su cueva, y habiendo tomado un espejo de una caja de madera de cedro tallado, lo colocó en un marco, y quemó verbena sobre carbón encendido frente a él, y miró a través de los remolinos del humo. Y después de un tiempo, apretó sus manos de rabia. "Debería haber sido mío", murmuró, "soy tan bella como ella".

Y esa noche, cuando la luna había salido, el joven Pescador subió a la cima de la montaña y se quedó bajo las ramas del carpe. Como

un escudo de metal pulido, el mar redondo yacía a sus pies, y las sombras de los botes de pesca se movían en la pequeña bahía. Un gran búho, con ojos amarillos sulfurosos, lo llamó por su nombre, pero él no le dio respuesta. Un perro negro corrió hacia él y gruñó. Lo golpeó con una vara de sauce, y se fue lloriqueando.

A medianoche, las brujas vinieron volando por el aire como murciélagos. "¡Puf!" gritaron, al aterrizar en el suelo, "¡hay alguien aquí que no conocemos!" y olfatearon alrededor, y charlaron entre ellas, y hicieron señas. La última en llegar fue la joven Bruja, con su cabello rojo ondeando en el viento. Llevaba un vestido de tejido dorado bordado con ojos de pavo real, y en su cabeza tenía un pequeño gorro de terciopelo verde.

"¿Dónde está, dónde está?" chillaron las brujas cuando la vieron, pero ella solo se rió, corrió hacia el carpe y, tomando al Pescador de la mano, lo llevó fuera a la luz de la luna y comenzó a bailar.

Giraban y giraban, y la joven Bruja saltaba tan alto que él podía ver los tacones escarlata de sus zapatos. Entonces, justo a través de los bailarines, llegó el sonido del galope de un caballo, pero no se veía ningún caballo, y él sintió miedo.

"Más rápido", gritó la Bruja, y echó sus brazos alrededor de su cuello, y su aliento era caliente sobre su rostro. "¡Más rápido, más rápido!" gritó, y la tierra parecía girar bajo sus pies, y su cerebro se turbó, y un gran terror cayó sobre él, como si alguna cosa malvada lo estuviera observando, y al fin se dio cuenta de que bajo la sombra de una roca había una figura que no había estado allí antes.

Era un hombre vestido con un traje de terciopelo negro, cortado al estilo español. Su rostro era extrañamente pálido, pero sus labios eran como una orgullosa flor roja. Parecía cansado, y estaba recostado jugueteando de manera indiferente con el pomo de su daga. En la hierba junto a él yacía un sombrero emplumado, y un par de guantes de montar guarnecidos con encaje dorado y cosidos con perlas sembradas formando un curioso diseño. Un corto capote forrado de sables colgaba de su hombro, y sus delicadas manos

blancas estaban adornadas con anillos. Pesados párpados caían sobre sus ojos.

El joven Pescador lo observaba, como si estuviera atrapado en un hechizo. Al final, sus ojos se encontraron, y dondequiera que bailaba, le parecía que los ojos del hombre estaban puestos en él. Oyó reír a la Bruja, la agarró por la cintura y la hizo girar locamente.

De repente, un perro ladró en el bosque, y los bailarines se detuvieron, y yendo de dos en dos, se arrodillaron y besaron las manos del hombre. Al hacerlo, una pequeña sonrisa tocó sus orgullosos labios, como el ala de un pájaro toca el agua y la hace reír. Pero había desdén en ella. Siguió mirando al joven Pescador.

"¡Ven! adoremos", susurró la Bruja, y lo llevó hacia allá, y un gran deseo de hacer lo que ella le pedía se apoderó de él, y la siguió. Pero cuando se acercó, y sin saber por qué lo hizo, hizo en su pecho la señal de la Cruz y llamó al santo nombre.

Tan pronto como lo hizo, las brujas gritaron como halcones y volaron lejos, y el rostro pálido que lo había estado observando se retorció con un espasmo de dolor. El hombre fue hacia un pequeño bosque y silbó. Un jinete con arreos de plata vino corriendo a su encuentro. Al saltar sobre la silla se giró, y miró al joven Pescador tristemente.

Y la Bruja con el cabello rojo intentó volar también, pero el Pescador la atrapó por las muñecas y la sujetó firmemente.

"Suéltame", gritó, "y déjame ir. Pues has nombrado lo que no debe ser nombrado, y mostrado la señal que no puede ser mirada."

"No", respondió él, "pero no te dejaré ir hasta que me hayas contado el secreto."

"¿Qué secreto?" dijo la Bruja, luchando con él como un gato salvaje, y mordiendo sus labios espumosos.

"Tú lo sabes", respondió él.

Sus ojos verdes como la hierba se empañaron de lágrimas, y le dijo al Pescador, "Pregúntame cualquier cosa menos eso."

Él se rió y la sujetó aún más fuerte.

Y cuando vio que no podía liberarse, le susurró: "Seguramente soy tan hermosa como las hijas del mar, y tan atractiva como aquellas que habitan en las aguas azules", y se le acercó y puso su rostro cerca del suyo.

Pero él la empujó hacia atrás frunciendo el ceño, y le dijo: "Si no cumples la promesa que me hiciste, te mataré por bruja falsa."

Ella se volvió gris como una flor del árbol de Judas, y tembló. "Que así sea", murmuró. "Es tu alma y no la mía. Haz con ella lo que quieras." Y le dio un pequeño cuchillo que tenía en su cinturón, con un mango de piel de víbora verde.

"¿Para qué me servirá esto?" preguntó él, maravillado.

Ella guardó silencio por unos momentos, y una mirada de terror cruzó su rostro. Luego se echó el cabello hacia atrás desde su frente, y sonriendo extrañamente le dijo: "Lo que los hombres llaman la sombra del cuerpo no es la sombra del cuerpo, sino el cuerpo del alma. Párate en la orilla del mar con tu espalda hacia la luna, y corta de alrededor de tus pies tu sombra, que es el cuerpo de tu alma, y ordena a tu alma que te abandone, y lo hará."

El joven Pescador tembló. "¿Es esto verdad?" murmuró.

"Es verdad, y desearía no haberte hablado de ello", gritó ella, y se aferró a sus rodillas llorando.

Él la apartó de sí y la dejó en la hierba alta, y yendo al borde de la montaña colocó el cuchillo en su cinturón y comenzó a descender.

Y su Alma que estaba dentro de él le llamó y dijo: "¡Mira! He habitado contigo todos estos años y he sido tu sierva. No me envíes lejos de ti ahora, pues ¿qué mal te he hecho?"

Y el joven Pescador se rió. "No me has hecho ningún mal, pero no tengo necesidad de ti", respondió. "El mundo es amplio, y también

existen el Cielo y el Infierno, y esa casa crepuscular y difusa que yace entre ambos. Ve donde quieras, pero no me molestes, pues mi amor me está llamando."

Y su Alma le suplicó lastimeramente, pero él no le hizo caso, sino que saltó de peñasco en peñasco, siendo tan ágil como una cabra montés, y al fin alcanzó el suelo llano y la orilla amarilla del mar.

Broncíneo y bien formado, como una estatua forjada por un griego, se paró en la arena con su espalda hacia la luna, y de la espuma salieron brazos blancos que le hacían señas, y de las olas surgieron formas difusas que le rendían homenaje. Ante él yacía su sombra, que era el cuerpo de su alma, y detrás de él colgaba la luna en el aire teñido de color de miel.

Y su Alma le dijo: "Si en verdad debes expulsarme, no me envíes sin un corazón. El mundo es cruel, dame tu corazón para llevar conmigo."

Él movió su cabeza y sonrió. "¿Con qué amaría a mi amor si te diera mi corazón?" exclamó.

"No seas cruel", dijo su Alma: "dame tu corazón, pues el mundo es muy cruel, y tengo miedo."

"Mi corazón es de mi amor", respondió él, "por lo tanto no te demores, y vete."

"¿No debería amar también?" preguntó su Alma.

"Vete, pues no tengo necesidad de ti", gritó el joven Pescador, y tomó el pequeño cuchillo con su mango de piel de víbora verde, y cortó su sombra de alrededor de sus pies, y esta se levantó y se paró frente a él, y lo miró, y era tal como él mismo.

Retrocedió, y clavó el cuchillo en su cinturón, y un sentimiento de asombro lo invadió. "Vete", murmuró, "y no dejes que vea tu rostro nunca más."

"No, pero debemos encontrarnos de nuevo", dijo el Alma. Su voz era baja y flautina, y sus labios apenas se movían mientras hablaba.

"¿Cómo nos encontraremos?" gritó el joven Pescador. "¿No me seguirás hasta las profundidades del mar?"

"Una vez cada año vendré a este lugar y te llamaré", dijo el Alma. "Puede ser que necesites de mí."

"¿Qué necesidad tendría yo de ti?" gritó el joven Pescador, "pero sea como tú quieras", y se sumergió en las aguas y los Tritones soplaron sus cuernos y la pequeña Sirena se elevó para encontrarlo, y puso sus brazos alrededor de su cuello y lo besó en la boca.

Y el Alma se quedó en la solitaria playa y los observó. Y cuando ellos habían descendido al mar, se fue llorando por los pantanos.

Y después de que un año había pasado, el Alma bajó a la orilla del mar y llamó al joven Pescador, y él salió de lo profundo, y dijo, "¿Por qué me llamas?"

Y el Alma respondió, "Acércate, para que pueda hablar contigo, pues he visto cosas maravillosas."

Así que se acercó, y se acuclilló en el agua poco profunda, y apoyó su cabeza en su mano y escuchó.

Y el Alma le dijo, "Cuando te dejé, giré mi rostro hacia el Este y viajé. Del Este viene todo lo que es sabio. Viajé seis días, y en la mañana del séptimo día llegué a una colina que está en el país de los tártaros. Me senté bajo la sombra de un árbol de tamarisco para protegerme del sol. La tierra estaba seca y quemada por el calor. La gente iba y venía por la llanura como moscas arrastrándose sobre un disco de cobre pulido.

'Cuando era mediodía, una nube de polvo rojo se levantó del borde plano de la tierra. Cuando los tártaros la vieron, tensaron sus arcos pintados, y habiendo saltado sobre sus pequeños caballos galoparon para encontrarse con ella. Las mujeres huyeron gritando a los carros, y se escondieron detrás de las cortinas de fieltro.

'Al crepúsculo, los tártaros regresaron, pero faltaban cinco de ellos, y de los que volvieron no pocos habían sido heridos. Engancharon sus caballos a los carros y se alejaron

apresuradamente. Tres chacales salieron de una cueva y los observaron. Luego olfatearon el aire con sus narices, y trotaron en la dirección opuesta.

'Cuando la luna se levantó vi una fogata ardiendo en la llanura, y me dirigí hacia ella. Un grupo de comerciantes estaba sentado alrededor de ella sobre alfombras. Sus camellos estaban atados detrás de ellos, y los negros que eran sus sirvientes estaban montando tiendas de piel curtida sobre la arena, y haciendo un alto muro de la tuna.

'Cuando me acerqué a ellos, el jefe de los comerciantes se levantó y sacó su espada, y me preguntó mi negocio.

'Le respondí que era un Príncipe en mi propia tierra, y que había escapado de los tártaros, quienes habían buscado hacerme su esclavo. El jefe sonrió, y me mostró cinco cabezas fijadas en largas cañas de bambú.

'Luego me preguntó quién era el profeta de Dios, y yo le respondí que era Mahoma.

"Cuando escuché el nombre del falso profeta, se inclinó, me tomó de la mano y me colocó a su lado. Un negro me trajo leche de yegua en un plato de madera, y un trozo de carne de cordero asado. 'Al amanecer comenzamos nuestro viaje. Monté en un camello de pelo rojo al lado del jefe, y un corredor corría delante de nosotros llevando una lanza. Los hombres de guerra iban a ambos lados, y las mulas seguían con la mercancía. Había cuarenta camellos en la caravana, y las mulas eran el doble de cuarenta en número.

'Pasamos del país de los tártaros al país de aquellos que maldicen a la Luna. Vimos a los Grifos guardando su oro en las rocas blancas, y a los Dragones escamados durmiendo en sus cuevas. Al pasar por las montañas contuvimos la respiración por miedo a que las nieves cayeran sobre nosotros, y cada hombre se ató un velo de gasa delante de sus ojos. Al pasar por los valles, los Pigmeos dispararon flechas contra nosotros desde los huecos de los árboles, y por la noche oímos a los hombres salvajes golpeando sus tambores.

Cuando llegamos a la Torre de los Simios pusimos frutas delante de ellos, y no nos hicieron daño. Cuando llegamos a la Torre de las Serpientes les dimos leche tibia en cuencos de bronce, y nos dejaron pasar. Tres veces en nuestro viaje llegamos a las orillas del Oxus. Lo cruzamos en balsas de madera con grandes vejigas de piel inflada. Los hipopótamos del río se enfurecieron contra nosotros y buscaron matarnos. Cuando los camellos los vieron, temblaron.

'Los reyes de cada ciudad nos impusieron peajes, pero no nos permitieron entrar en sus puertas. Nos lanzaban pan por encima de las murallas, pequeños pasteles de maíz horneados en miel y pasteles de harina fina rellenos de dátiles. Por cada cien cestas les dimos una cuenta de ámbar.

'Cuando los habitantes de las aldeas nos vieron venir, envenenaron los pozos y huyeron a las cimas de las colinas. Luchamos contra los Magadae que nacen viejos, y se vuelven más y más jóvenes cada año, y mueren cuando son pequeños niños; y con los Laktroi que dicen que son hijos de tigres, y se pintan de amarillo y negro; y con los Aurantes que entierran a sus muertos en la cima de los árboles, y ellos mismos viven en oscuras cavernas para que el Sol, que es su dios, no los mate; y con los Krimnianos que adoran a un cocodrilo, y le dan pendientes de vidrio verde, y lo alimentan con mantequilla y pollos frescos; y con los Agazonbae, que tienen cara de perro; y con los Sibans, que tienen pies de caballo, y corren más rápido que los caballos. Un tercio de nuestra compañía murió en batalla, y un tercio murió de necesidad. El resto murmuró contra mí y dijo que les había traído mala fortuna. Tomé una víbora cornuda de debajo de una piedra y dejé que me picara. Cuando vieron que no me enfermaba, tuvieron miedo.

"En el cuarto mes llegamos a la ciudad de Illel. Era de noche cuando llegamos al bosque que está fuera de los muros, y el aire era sofocante, pues la Luna transitaba en Escorpio. Tomamos las granadas maduras de los árboles, las rompimos y bebimos sus dulces jugos. Luego nos acostamos en nuestras alfombras y esperamos el amanecer.

"Y al amanecer nos levantamos y llamamos a la puerta de la ciudad. Estaba hecha de bronce rojo y tallada con dragones marinos y dragones con alas. Los guardias miraron desde las almenas y nos preguntaron nuestro asunto. El intérprete de la caravana respondió que habíamos venido de la isla de Siria con mucha mercancía. Tomaron rehenes y nos dijeron que abrirían la puerta al mediodía, y nos pidieron que esperáramos hasta entonces.

"Cuando fue mediodía abrieron la puerta, y al entrar la gente salía en masa de las casas para mirarnos, y un pregonero recorría la ciudad gritando a través de una concha. Nos paramos en la plaza del mercado, y los negros desataron los fardos de telas estampadas y abrieron los cofres tallados de sicómoro. Y cuando terminaron su tarea, los comerciantes exhibieron sus extrañas mercancías, el lino encerado de Egipto y el lino pintado del país de los etíopes, las esponjas púrpuras de Tiro y los tapices azules de Sidón, las copas de ámbar frío y los finos recipientes de vidrio y los curiosos recipientes de arcilla quemada. Desde el techo de una casa, un grupo de mujeres nos observaba. Una de ellas llevaba una máscara de cuero dorado.

"Y el primer día vinieron los sacerdotes y comerciaron con nosotros, y el segundo día vinieron los nobles, y el tercer día vinieron los artesanos y los esclavos. Y esta es su costumbre con todos los comerciantes mientras se demoren en la ciudad.

"Y nos demoramos por una luna, y cuando la luna menguaba, me cansé y vagué por las calles de la ciudad y llegué al jardín de su dios. Los sacerdotes en sus túnicas amarillas se movían silenciosamente entre los árboles verdes, y sobre un pavimento de mármol negro estaba la casa color rosa rojizo en la que el dios tenía su morada. Sus puertas eran de laca pulverizada, y toros y pavos reales estaban labrados en ellas en oro pulido y elevado. El techo inclinado era de porcelana verde mar, y las salientes aleros estaban adornados con pequeñas campanas. Cuando las palomas blancas volaban cerca, golpeaban las campanas con sus alas y las hacían tintinear.

"Delante del templo había una piscina de agua clara pavimentada con ónice veteados. Me acosté a su lado, y con mis pálidos dedos toqué las anchas hojas. Uno de los sacerdotes se acercó a mí y se paró detrás de mí. Llevaba sandalias en sus pies, una de piel suave de serpiente y la otra de plumaje de aves. En su cabeza llevaba una mitra de fieltro negro decorada con lunas crecientes de plata. Siete amarillos estaban tejidos en su túnica, y su cabello rizado estaba teñido con antimonio.

"Después de un rato, me habló y me preguntó mi deseo.

"Le dije que mi deseo era ver al dios.

"El dios está cazando", dijo el sacerdote, mirándome extrañamente con sus pequeños ojos oblicuos.

"Dime en qué bosque, y cabalgaré con él", respondí.

"Peinó los suaves flecos de su túnica con sus largas uñas puntiagudas. 'El dios está dormido', murmuró.

"Dime en qué lecho, y velaré por él", respondí."

"El dios está en el festín", exclamó.

"Si el vino es dulce, lo beberé con él, y si es amargo, también lo beberé con él", fue mi respuesta.

Él inclinó su cabeza asombrado y, tomándome de la mano, me levantó y me condujo al interior del templo.

Y en la primera cámara vi un ídolo sentado en un trono de jaspe bordeado con grandes perlas orientales. Estaba tallado en ébano, y en estatura era como la de un hombre. En su frente tenía un rubí, y espeso aceite goteaba de su cabello hasta sus muslos. Sus pies estaban rojos con la sangre de un cabrito recién sacrificado, y sus lomos ceñidos con un cinturón de cobre que estaba tachonado con siete berilos.

Y dije al sacerdote, "¿Es este el dios?" Y él me respondió, "Este es el dios."

"Muéstrame al dios", grité, "o seguro te mataré". Y toqué su mano, y se volvió marchita.

'Y el sacerdote me suplicó, diciendo, "Que mi señor sane a su servidor, y le mostraré al dios."

'Así que soplé con mi aliento sobre su mano, y esta se volvió sana de nuevo, y él tembló y me condujo a la segunda cámara, y vi un ídolo de pie sobre un loto de jade colgado con grandes esmeraldas. Estaba tallado en marfil, y en estatura era el doble de la estatura de un hombre. En su frente tenía un crisólito, y sus pechos estaban untados con mirra y canela. En una mano sostenía un cetro curvo de jade, y en la otra un cristal redondo. Llevaba botines de bronce, y su grueso cuello estaba rodeado por un círculo de selenitas.

'Y dije al sacerdote, "¿Es este el dios?"

'Y él me respondió, "Este es el dios."

"Muéstrame al dios", grité, "o seguro te mataré". Y toqué sus ojos, y se volvieron ciegos.

'Y el sacerdote me suplicó, diciendo, "Que mi señor sane a su servidor, y le mostraré al dios."

'Así que soplé con mi aliento sobre sus ojos, y la vista les volvió, y él tembló de nuevo, y me condujo a la tercera cámara, y he aquí que no había ningún ídolo en ella, ni imagen de ningún tipo, sino solo un espejo de metal redondo colocado sobre un altar de piedra.

'Y dije al sacerdote, "¿Dónde está el dios?"

Y él me respondió: "No hay dios aparte de este espejo que ves, pues este es el Espejo de la Sabiduría. Y refleja todas las cosas que están en el cielo y en la tierra, excepto el rostro de aquel que mira en él. Esto no lo refleja, para que aquel que mira en él pueda ser sabio. Hay muchos otros espejos, pero son espejos de la Opinión. Este solo es el Espejo de la Sabiduría. Y aquellos que poseen este espejo saben todo, ni hay nada oculto para ellos. Y aquellos que no lo poseen no tienen Sabiduría. Por lo tanto, es el dios, y lo adoramos". Y miré en el espejo, y era tal como él me había dicho.

'Y hice algo extraño, pero lo que hice no importa, pues en un valle que está a solo un día de viaje de este lugar he escondido el Espejo de la Sabiduría. Solo permíteme entrar en ti de nuevo y ser tu servidor, y serás más sabio que todos los hombres sabios, y la Sabiduría será tuya. Permíteme entrar en ti, y nadie será tan sabio como tú.'

Pero el joven Pescador se rió. 'El amor es mejor que la Sabiduría', exclamó, 'y la pequeña Sirena me ama.'

'No, pero no hay nada mejor que la Sabiduría', dijo el Alma.

'El amor es mejor', respondió el joven Pescador, y se sumergió en lo profundo, y el Alma se fue llorando por los pantanos.

Y después de que el segundo año terminó, el Alma bajó a la orilla del mar y llamó al joven Pescador, y él salió de lo profundo y dijo, '¿Por qué me llamas?'

Y el Alma respondió, 'Acércate, para que pueda hablar contigo, pues he visto cosas maravillosas.'

Así que se acercó, y se acuclilló en el agua poco profunda, y apoyó su cabeza en su mano y escuchó.

Y el Alma le dijo, 'Cuando te dejé, giré mi rostro hacia el Sur y viajé. Del Sur viene todo lo que es precioso. Seis días viajé por las carreteras que conducen a la ciudad de Ashter, por las polvorientas carreteras teñidas de rojo por las que suelen viajar los peregrinos, y en la mañana del séptimo día levanté mis ojos, y ¡he aquí! la ciudad yacía a mis pies, pues está en un valle.

'Hay nueve puertas a esta ciudad, y frente a cada puerta se encuentra un caballo de bronce que relincha cuando los beduinos bajan de las montañas. Las paredes están revestidas de cobre, y las torres de vigilancia en las murallas están techadas con bronce. En cada torre se encuentra un arquero con un arco en su mano. Al amanecer golpea con una flecha un gong, y al atardecer sopla a través de un cuerno de cuerno.

'Cuando busqué entrar, los guardias me detuvieron y preguntaron quién era. Respondí que era un Derviche y que iba camino a la ciudad de La Meca, donde había un velo verde sobre el cual el Corán estaba bordado en letras de plata por las manos de los ángeles. Se llenaron de maravilla y me rogaron que pasara.'

"Dentro es como un bazar. Ciertamente deberías haber estado conmigo. A través de las estrechas calles, los alegres farolillos de papel revolotean como grandes mariposas. Cuando el viento sopla sobre los techos, suben y bajan como burbujas pintadas. Frente a sus puestos, los comerciantes se sientan en alfombras de seda. Tienen barbas negras rectas, y sus turbantes están cubiertos de lentejuelas doradas, y largas cuerdas de ámbar y huesos de melocotón tallados se deslizan entre sus dedos frescos. Algunos de ellos venden gálibano y nardo, y curiosos perfumes de las islas del Mar Indio, y el espeso aceite de rosas rojas, y mirra y pequeños clavos en forma de uña. Cuando uno se detiene para hablar con ellos, arrojan pellizcos de incienso sobre un brasero de carbón y endulzan el aire. Vi a un sirio que sostenía en sus manos una delgada vara como una caña. Hilos grises de humo salían de ella, y su olor al quemarse era como el olor del almendro rosa en primavera. Otros venden pulseras de plata repujadas por completo con piedras de turquesa azul cremoso, y tobilleras de alambre de latón bordeadas con pequeñas perlas, y garras de tigre montadas en oro, y las garras de aquel gato dorado, el leopardo, montadas también en oro, y pendientes de esmeralda perforada, y anillos de dedo de jade hueco. De las casas de té llega el sonido de la guitarra, y los fumadores de opio con sus caras blancas sonrientes miran a los transeúntes.

'En verdad deberías haber estado conmigo. Los vendedores de vino se abren paso entre la multitud con grandes pieles negras sobre sus hombros. La mayoría de ellos vende el vino de Schiraz, que es tan dulce como la miel. Lo sirven en pequeñas copas de metal y esparcen hojas de rosa sobre él. En la plaza del mercado están los fruteros, que venden todo tipo de frutas: higos maduros, con su carne morada magullada, melones, que huelen a almizcle y son

amarillos como topacios, cidras y manzanas de rosa y racimos de uvas blancas, naranjas redondas rojo dorado, y limones ovalados de oro verde. Una vez vi pasar a un elefante. Su trompa estaba pintada de bermellón y cúrcuma, y sobre sus orejas tenía una red de cordón de seda carmesí. Se detuvo frente a uno de los puestos y comenzó a comerse las naranjas, y el hombre solo se rió. No puedes imaginar cuán extraña es esta gente. Cuando están alegres van a los vendedores de pájaros y compran un pájaro enjaulado, y lo liberan para que su alegría sea mayor, y cuando están tristes se flagelan con espinas para que su dolor no disminuya.

'Una tarde me encontré con unos negros que llevaban un pesado palanquín a través del bazar. Estaba hecho de bambú dorado, y los postes eran de laca bermellón tachonada con pavos reales de latón. A través de las ventanas colgaban delgadas cortinas de muselina bordadas con alas de escarabajo y con diminutas semillas de perlas, y mientras pasaba por allí, una circasiana de cara pálida miró hacia fuera y me sonrió. La seguí, y los negros apresuraron sus pasos y fruncieron el ceño. Pero a mí no me importó. Sentí una gran curiosidad apoderarse de mí.

Al final se detuvieron frente a una casa blanca cuadrada. No tenía ventanas, solo una pequeña puerta como la puerta de una tumba. Colocaron el palanquín en el suelo y golpearon tres veces con un martillo de cobre. Un armenio con un caftán de cuero verde miró a través de la mirilla, y cuando los vio, abrió y extendió una alfombra en el suelo, y la mujer salió. Al entrar, se volvió y me sonrió de nuevo. Nunca había visto a nadie tan pálido.

Cuando la luna se levantó, volví al mismo lugar y busqué la casa, pero ya no estaba allí. Al ver eso, supe quién era la mujer y por qué me había sonriente.

Ciertamente deberías haber estado conmigo. En la fiesta de la Luna Nueva, el joven Emperador salió de su palacio y fue a la mezquita a rezar. Su cabello y barba estaban teñidos con pétalos de rosa, y sus mejillas estaban empolvadas con un fino polvo de oro. Las palmas de sus pies y manos estaban amarillas de azafrán.

Al amanecer salió de su palacio en una túnica de plata, y al atardecer volvió a él en una túnica de oro. La gente se tiraba al suelo y escondía sus caras, pero yo no lo hice. Me quedé junto al puesto de un vendedor de dátiles y esperé. Cuando el Emperador me vio, levantó sus cejas pintadas y se detuvo. Yo me quedé completamente quieto y no le hice ninguna reverencia. La gente se maravilló de mi osadía y me aconsejó que huyera de la ciudad. No les hice caso, pero fui y me senté con los vendedores de dioses extraños, quienes por razón de su oficio son abominados. Cuando les conté lo que había hecho, cada uno de ellos me dio un dios y me rogó que los dejara.

Esa noche, mientras yacía sobre un cojín en la casa de té que está en la Calle de las Granadas, los guardias del Emperador entraron y me llevaron al palacio. Al entrar cerraron cada puerta detrás de mí y colocaron una cadena a través de ella. Dentro había un gran patio con una arcada alrededor. Las paredes eran de alabastro blanco, dispuestas aquí y allá con azulejos azules y verdes. Las columnas eran de mármol verde, y el pavimento de una especie de mármol color flor de durazno. Nunca había visto nada igual antes.

Mientras cruzaba el patio, dos mujeres veladas me miraron desde un balcón y me maldijeron. Los guardias se apresuraron, y las culatas de las lanzas resonaron en el suelo pulido. Abrieron una puerta de marfil trabajado, y me encontré en un jardín regado de siete terrazas. Estaba plantado con copas de tulipanes y flores de luna, y aloes tachonados de plata. Como una delgada caña de cristal, una fuente colgaba en el aire oscuro. Los cipreses parecían antorchas apagadas. De uno de ellos cantaba un ruiseñor.

Al final del jardín había un pequeño pabellón. Al acercarnos, dos eunucos salieron a nuestro encuentro. Sus cuerpos gordos se balanceaban al caminar, y me miraban curiosos con sus ojos entrecerrados amarillos. Uno de ellos apartó al capitán de la guardia, y en voz baja le susurró algo. El otro seguía mascando pastillas aromáticas, que tomaba con un gesto afectado de una caja ovalada de esmalte lila.

Después de unos momentos, el capitán de la guardia despidió a los soldados. Volvieron al palacio, los eunucos siguieron lentamente detrás, arrancando las dulces moras de los árboles al pasar. Una vez, el mayor de los dos se volvió y me sonrió con una sonrisa malévolamente.

Luego, el capitán de la guardia me hizo señas hacia la entrada del pabellón. Avancé sin temblar y, apartando la pesada cortina, entré.

El joven Emperador estaba tendido en un sofá de pieles de león teñidas, y un halcón gerifalte se posaba en su muñeca. Detrás de él estaba un nubio con turbante de bronce, desnudo hasta la cintura, y con pesados pendientes en sus orejas partidas. Sobre una mesa al lado del sofá yacía un poderoso cimitarra de acero.

Cuando el Emperador me vio frunció el ceño y me dijo: "¿Cuál es tu nombre? ¿No sabes que soy el Emperador de esta ciudad?" Pero no le di ninguna respuesta.

Señaló con el dedo la cimitarra, y el nubio la agarró y, avanzando rápidamente, me atacó con gran violencia. La hoja silbó a través de mí y no me hizo daño. El hombre cayó de bruces en el suelo y, cuando se levantó, sus dientes castañeteaban de terror y se escondió detrás del sofá.

El Emperador se puso de pie de un salto y, tomando una lanza de un soporte de armas, me la lanzó. La atrapé en su vuelo y partí el asta en dos pedazos. Me disparó con una flecha, pero levanté mis manos y se detuvo en pleno aire. Luego sacó una daga de un cinturón de cuero blanco y apuñaló al nubio en la garganta para que el esclavo no pudiera hablar de su deshonra. El hombre se retorció como una serpiente pisoteada, y una espuma roja burbujeó de sus labios.

Tan pronto como murió, el Emperador se volvió hacia mí, y después de haber limpiado el brillante sudor de su frente con una pequeña servilleta de seda morada y purpúrea, me dijo: "¿Eres tú un profeta, que no puedo hacerte daño, o el hijo de un profeta, que no puedo herirte? Te ruego que dejes mi ciudad esta noche, pues mientras estés en ella ya no soy su señor".

Y le respondí: "Me iré por la mitad de tu tesoro. Dame la mitad de tu tesoro, y me alejaré".

Me tomó de la mano y me llevó al jardín. Cuando el capitán de la guardia me vio, se sorprendió. Cuando los eunucos me vieron, sus rodillas temblaron y cayeron al suelo de miedo.

Hay una cámara en el palacio que tiene ocho paredes de pórfido rojo y un techo sellado con bronce colgado de lámparas. El Emperador tocó una de las paredes y se abrió, y pasamos por un corredor iluminado con muchas antorchas. En nichos a cada lado había grandes jarras de vino llenas hasta el borde con piezas de plata. Cuando llegamos al centro del corredor, el Emperador pronunció la palabra que no debe ser pronunciada, y una puerta de granito se abrió con un resorte secreto, y él puso sus manos delante de su cara para que sus ojos no se deslumbraran.

No podrías creer lo maravilloso que era aquel lugar. Había enormes caparazones de tortuga llenos de perlas, y piedras lunares ahuecadas de gran tamaño apiladas con rubíes rojos. El oro se almacenaba en cofres de piel de elefante, y el polvo de oro en botellas de cuero. Había ópalos y zafiros, los primeros en copas de cristal, y los últimos en copas de jade. Esmeraldas verdes redondas estaban ordenadas sobre delgadas placas de marfil, y en un rincón había bolsas de seda llenas, algunas con piedras de turquesa, y otras con berilos. Los cuernos de marfil estaban amontonados con amatistas púrpuras, y los cuernos de bronce con calcedonias y sardónices. Las columnas, que eran de cedro, estaban colgadas con cuerdas de piedras de lince amarillas. En los escudos ovalados planos había carbunclos, tanto de color vino como de color como la hierba. Y aún así, te he contado solo una décima parte de lo que había allí.

Y cuando el Emperador retiró sus manos de delante de su rostro, me dijo: "Esta es mi casa del tesoro, y la mitad de lo que hay en ella es tuya, tal como te prometí. Y te daré camellos y conductores de camellos, y ellos harán tu voluntad y llevarán tu parte del tesoro a cualquier parte del mundo que desees ir. Y esto se hará esta noche,

pues no quisiera que el Sol, que es mi padre, viera que hay en mi ciudad un hombre al que no puedo matar".

Pero le respondí: "El oro que está aquí es tuyo, y la plata también es tuya, y tuyas son las joyas preciosas y las cosas de valor. En cuanto a mí, no necesito estas. Ni tomaré nada de ti excepto ese pequeño anillo que llevas en el dedo de tu mano".

Y el Emperador frunció el ceño. "Es solo un anillo de plomo", exclamó, "ni tiene ningún valor. Por lo tanto, toma tu mitad del tesoro y vete de mi ciudad".

"No", respondí, "pero no tomaré nada excepto ese anillo de plomo, pues sé lo que está escrito dentro de él, y para qué propósito".

Y el Emperador tembló, y me suplicó y dijo: "Toma todo el tesoro y vete de mi ciudad. La mitad que es mía será tuya también".

Y hice algo extraño, pero lo que hice no importa, pues en una cueva que está a solo un día de viaje de este lugar, he escondido el Anillo de las Riquezas. Está a solo un día de viaje de este lugar, y espera tu llegada. Aquel que tenga este Anillo será más rico que todos los reyes del mundo. Ven, por lo tanto, y tómallo, y las riquezas del mundo serán tuyas.

Pero el joven Pescador se rió. "El amor es mejor que las Riquezas", exclamó, "y la pequeña Sirena me ama".

"No, pero no hay nada mejor que las Riquezas", dijo el Alma.

"El amor es mejor", respondió el joven Pescador, y se sumergió en lo profundo, y el Alma se fue llorando por los pantanos.

Y después de que el tercer año terminó, el Alma bajó a la orilla del mar y llamó al joven Pescador, y él salió de lo profundo y dijo: "¿Por qué me llamas?"

Y el Alma respondió: "Acércate, para que pueda hablar contigo, pues he visto cosas maravillosas".

Así que se acercó, y se acuclilló en el agua poco profunda, y apoyó su cabeza en su mano y escuchó.

Y el Alma le dijo: "En una ciudad que conozco hay una posada que está junto a un río. Me senté allí con marineros que bebían vinos de dos colores distintos, y comían pan de cebada, y pequeños peces salados servidos en hojas de laurel con vinagre. Y mientras nos sentábamos y nos alegrábamos, entró a nosotros un anciano cargando una alfombra de cuero y una lira que tenía dos cuernos de ámbar. Y cuando había extendido la alfombra en el suelo, golpeó con una pluma las cuerdas de alambre de su lira, y una chica cuyo rostro estaba velado corrió y comenzó a bailar delante de nosotros. Su rostro estaba velado con un velo de gasa, pero sus pies estaban desnudos. Desnudos estaban sus pies, y se movían sobre la alfombra como pequeñas palomas blancas. Nunca he visto algo tan maravilloso; y la ciudad en la que ella baila está a solo un día de viaje de este lugar".

Ahora, cuando el joven Pescador escuchó las palabras de su Alma, recordó que la pequeña Sirena no tenía pies y no podía bailar. Y un gran deseo se apoderó de él, y se dijo a sí mismo: "Es solo un día de viaje, y puedo volver a mi amor", y se rió, y se levantó en el agua poco profunda, y caminó hacia la orilla.

Y cuando había alcanzado la orilla seca, se rió de nuevo y extendió sus brazos hacia su Alma. Y su Alma dio un gran grito de alegría y corrió a su encuentro, y entró en él, y el joven Pescador vio extendido ante él sobre la arena esa sombra del cuerpo que es el cuerpo del Alma.

Y su Alma le dijo: "No nos demoremos, sino partamos de inmediato, pues los dioses del Mar son celosos, y tienen monstruos que hacen su voluntad".

Así que se apresuraron, y toda esa noche viajaron bajo la luna, y todo el día siguiente viajaron bajo el sol, y en la tarde del día llegaron a una ciudad.

Y el joven Pescador dijo a su Alma: "¿Es esta la ciudad en la que baila aquella de quien me hablaste?"

Y su Alma le respondió: "No es esta ciudad, sino otra. Sin embargo, entremos". Así que entraron y pasaron por las calles, y al pasar por la Calle de los Joyeros el joven Pescador vio una hermosa copa de plata expuesta en un puesto. Y su Alma le dijo: "Toma esa copa de plata y escóndela".

Así que tomó la copa y la escondió en el pliegue de su túnica, y salieron apresuradamente de la ciudad.

Y después de que se hubieran alejado una legua de la ciudad, el joven Pescador frunció el ceño y arrojó la copa, y dijo a su Alma: "¿Por qué me dijiste que tomara esta copa y la escondiera, pues fue una cosa malvada hacerlo?"

Pero su Alma le respondió: "Estate en paz, estate en paz".

Y en la tarde del segundo día llegaron a una ciudad, y el joven Pescador dijo a su Alma: "¿Es esta la ciudad en la que baila aquella de quien me hablaste?"

Y su Alma le respondió: "No es esta ciudad, sino otra. Sin embargo, entremos". Así que entraron y pasaron por las calles, y mientras pasaban por la Calle de los Vendedores de Sandalias, el joven Pescador vio a un niño de pie junto a un jarro de agua. Y su Alma le dijo: "Golpea a ese niño". Así que golpeó al niño hasta que lloró, y cuando había hecho esto, salieron apresuradamente de la ciudad.

Y después de que se habían alejado una legua de la ciudad, el joven Pescador se enfadó y dijo a su Alma: "¿Por qué me dijiste que golpearas al niño, pues fue una cosa malvada hacerlo?"

Pero su Alma le respondió: "Estate en paz, estate en paz".

Y en la tarde del tercer día llegaron a una ciudad, y el joven Pescador dijo a su Alma: "¿Es esta la ciudad en la que baila aquella de quien me hablaste?"

Y su Alma le respondió: "Puede ser que sea en esta ciudad, por lo tanto entremos".

Así que entraron y pasaron por las calles, pero por ningún lado pudo el joven Pescador encontrar el río o la posada que estaba a su lado. Y la gente de la ciudad lo miraba con curiosidad, y él se asustó y dijo a su Alma: "Vámonos de aquí, pues ella que baila con pies blancos no está aquí".

Pero su Alma respondió: "No, pero quedémonos, pues la noche es oscura y habrá ladrones en el camino".

Así que se sentó en la plaza del mercado y descansó, y después de un tiempo pasó un comerciante encapuchado que llevaba un manto de tela de Tartaria y llevaba una linterna de cuerno perforado al final de una caña articulada. Y el comerciante le dijo: "¿Por qué te sientas en la plaza del mercado, viendo que los puestos están cerrados y las balas encordadas?"

Y el joven Pescador le respondió: "No puedo encontrar ninguna posada en esta ciudad, ni tengo ningún pariente que pudiera darme refugio".

"¿No somos todos parientes?" dijo el comerciante. "¿Y no nos hizo un solo Dios? Por lo tanto, ven conmigo, pues tengo una habitación para huéspedes".

Así que el joven Pescador se levantó y siguió al comerciante a su casa. Y cuando había pasado por un jardín de granadas y entrado en la casa, el comerciante le trajo agua de rosas en un plato de cobre para que se lavara las manos, y melones maduros para que saciara su sed, y le puso un cuenco de arroz y un trozo de cabrito asado delante de él.

Y después de que terminó, el comerciante lo llevó a la cámara de huéspedes y le pidió que durmiera y descansara. Y el joven Pescador le dio las gracias, y besó el anillo que estaba en su mano, y se lanzó sobre las alfombras de pelo de cabra teñido. Y cuando se cubrió con una cobija de lana de cordero negro, se quedó dormido.

Y tres horas antes del amanecer, mientras aún era de noche, su Alma lo despertó y le dijo: "Levántate y ve a la habitación del comerciante, incluso a la habitación en la que duerme, y mátao, y toma su oro, pues lo necesitamos".

Y el joven Pescador se levantó y se deslizó hacia la habitación del comerciante, y sobre los pies del comerciante había una espada curva, y la bandeja al lado del comerciante contenía nueve bolsas de oro. Y extendió su mano y tocó la espada, y cuando la tocó el comerciante se despertó y saltó, agarrando él mismo la espada y gritó al joven Pescador: "¿Devuelves mal por bien, y pagas con derramamiento de sangre la bondad que te he mostrado?"

Y su Alma le dijo al joven Pescador: "Gólpealo", y lo golpeó de tal manera que cayó desmayado y luego tomó las nueve bolsas de oro, y huyó apresuradamente a través del jardín de granadas, y puso su rostro hacia la estrella que es la estrella de la mañana.

Y cuando habían ido una legua de la ciudad, el joven Pescador se golpeó el pecho y dijo a su Alma: "¿Por qué me ordenaste matar al comerciante y tomar su oro? Seguramente eres malvada".

Pero su Alma le respondió: "Estate en paz, estate en paz".

"No", gritó el joven Pescador, "no puedo estar en paz, pues todo lo que me has hecho hacer lo odio. A ti también te odio, y te exijo que me digas por qué has obrado conmigo de esta manera".

Y su Alma le respondió: "Cuando me enviaste al mundo no me diste corazón, así que aprendí a hacer todas estas cosas y a amarlas".

"¿Qué dices?" murmuró el joven Pescador.

"Tú lo sabes", respondió su Alma, "lo sabes bien. ¿Has olvidado que no me diste corazón? No lo creo. Así que no te preocupes ni me preocupes, pero estate en paz, pues no hay dolor que no puedas dar, ni placer que no puedas recibir".

Y cuando el joven Pescador escuchó estas palabras, tembló y dijo a su Alma: "No, pero tú eres malvada, y me has hecho olvidar mi

amor, y me has tentado con tentaciones, y has puesto mis pies en los caminos del pecado".

Y su Alma le respondió: "No has olvidado que cuando me enviaste al mundo no me diste corazón. Vamos, vayamos a otra ciudad y alegrémonos, pues tenemos nueve bolsas de oro."

Pero el joven Pescador tomó las nueve bolsas de oro, las arrojó al suelo y las pisoteó.

"No", gritó, "no quiero tener nada que ver contigo, ni viajaré contigo a ningún lugar, pero así como te envié lejos antes, ahora te enviaré lejos de nuevo, pues no me has traído ningún bien." Y se volvió de espaldas a la luna, y con el pequeño cuchillo que tenía el mango de piel de víbora verde intentó cortar de sus pies esa sombra del cuerpo que es el cuerpo del Alma.

Sin embargo, su Alma no se apartó de él, ni hizo caso a su mandato, sino que le dijo: "El hechizo que la Bruja te dijo ya no te sirve, pues no puedo dejarte, ni puedes tú echarme. Una vez en su vida puede un hombre enviar a su Alma lejos, pero aquel que recibe de vuelta su Alma debe mantenerla consigo para siempre, y esta es su castigo y su recompensa."

Y el joven Pescador se puso pálido y apretó los puños y gritó: "Ella era una falsa Bruja porque no me dijo eso."

"No", respondió su Alma, "pero fue fiel a Aquel a quien adora, y cuya sierva será siempre."

Y cuando el joven Pescador supo que ya no podía deshacerse de su Alma, y que era un Alma maligna y permanecería siempre con él, cayó al suelo llorando amargamente.

Y cuando fue de día, el joven Pescador se levantó y dijo a su Alma: "Ataré mis manos para no hacer tu voluntad, y cerraré mis labios para no hablar tus palabras, y regresaré al lugar donde habita aquella a quien amo. Incluso al mar regresaré, y a la pequeña bahía donde suele cantar, y la llamaré y le diré el mal que he hecho y el mal que tú has causado en mí."

Y su Alma le tentó y dijo: "¿Quién es tu amor para que debas volver a ella? El mundo tiene muchas que son más hermosas que ella. Están las bailarinas de Samaris que danzan al modo de todo tipo de aves y bestias. Sus pies están pintados con henna, y en sus manos tienen pequeñas campanillas de cobre. Ríen mientras bailan, y su risa es tan clara como la risa del agua. Ven conmigo y te las mostraré. Pues, ¿qué es este problema tuyo con las cosas del pecado? ¿Acaso lo que es agradable de comer no está hecho para el comensal? ¿Hay veneno en lo que es dulce de beber? No te preocupes, pero ven conmigo a otra ciudad. Hay una pequeña ciudad cerca en la que hay un jardín de árboles de tulipán. Y en este hermoso jardín viven pavos reales blancos y pavos reales con pechos azules. Sus colas, cuando las extienden al sol, son como discos de marfil y como discos dorados. Y ella que los alimenta baila para su placer, y a veces baila sobre sus manos y otras veces baila con sus pies. Sus ojos están coloreados con estibio, y sus fosas nasales tienen forma de alas de golondrina. De un gancho en una de sus fosas nasales cuelga una flor tallada en una perla. Ella ríe mientras baila, y los anillos de plata que lleva en los tobillos tintinean como campanas de plata. Y así, no te preocupes más, pero ven conmigo a esta ciudad."

Pero el joven Pescador no respondió a su Alma, sino que cerró sus labios con el sello del silencio y con una cuerda apretada ató sus manos, y regresó al lugar de donde había venido, incluso a la pequeña bahía donde su amor solía cantar. Y siempre su Alma le tentaba por el camino, pero él no le hacía respuesta, ni hacía ninguna de las maldades que buscaba hacerle hacer, tan grande era el poder del amor que había dentro de él.

Y cuando alcanzó la orilla del mar, soltó la cuerda de sus manos, y quitó el sello del silencio de sus labios, y llamó a la pequeña Sirena. Pero ella no acudió a su llamado, aunque la llamó todo el día y la suplicó.

Y su Alma se burló de él y dijo: "Ciertamente tienes poco gozo de tu amor. Eres como uno que en tiempo de muerte vierte agua en un

recipiente roto. Das lo que tienes, y nada se te da a cambio. Sería mejor para ti venir conmigo, pues sé dónde se encuentra el Valle del Placer, y qué cosas se realizan allí."

Pero el joven Pescador no respondió a su Alma, sino que en una grieta de la roca se construyó una casa de zarzos, y habitó allí por el espacio de un año. Y cada mañana llamaba a la Sirena, y cada mediodía la llamaba de nuevo, y por la noche decía su nombre. Sin embargo, nunca se levantó del mar para encontrarse con él, ni en ningún lugar del mar pudo encontrarla, aunque la buscó en las cuevas y en el agua verde, en las pozas de la marea y en los pozos que están en el fondo del profundo.

Y siempre su Alma le tentaba con el mal, y susurraba de cosas terribles. Sin embargo, no prevaleció contra él, tan grande era el poder de su amor.

Y después de que el año terminó, el Alma pensó dentro de sí: "He tentado a mi maestro con el mal, y su amor es más fuerte que yo. Ahora le tentaré con el bien, y puede ser que venga conmigo."

Así que habló al joven Pescador y dijo: "Te he hablado del gozo del mundo, y tú has hecho oídos sordos a mí. Permíteme ahora hablarte del dolor del mundo, y puede ser que me escuches. Pues en verdad el dolor es el Señor de este mundo, ni hay nadie que escape de su red. Hay algunos que carecen de vestimenta, y otros que carecen de pan. Hay viudas que se sientan en púrpura, y viudas que se

sientan en harapos. De un lado a otro sobre los pantanos van los leprosos, y son crueles entre sí. Los mendigos van de arriba abajo por las carreteras, y sus carteras están vacías. Por las calles de las ciudades camina la Hambruna, y la Peste se sienta en sus puertas. Ven, salgamos y reparemos estas cosas, y hagamos que no sean. ¿Por qué demorarte aquí llamando a tu amor, viendo que no viene a tu llamado? ¿Y qué es el amor, para que le des este alto valor?"

Pero el joven Pescador no le respondió nada, tan grande era el poder de su amor. Y cada mañana llamaba a la Sirena, y cada

mediodía la llamaba de nuevo, y por la noche decía su nombre. Sin embargo, nunca se levantó del mar para encontrarse con él, ni en ningún lugar del mar pudo encontrarla, aunque la buscó en los ríos del mar, y en los valles que están bajo las olas, en el mar que la noche tiñe de púrpura, y en el mar que el amanecer deja gris.

Y después de que el segundo año terminó, el Alma le dijo al joven Pescador por la noche, y mientras se sentaba en la casa de zarzos solo: "¡Mira! Ahora te he tentado con el mal, y te he tentado con el bien, y tu amor es más fuerte que yo. Por lo tanto, no te tentaré más, pero te ruego que me permitas entrar en tu corazón, para que pueda ser uno contigo como antes."

"Ciertamente puedes entrar", dijo el joven Pescador, "pues en los días en que sin corazón recorrías el mundo debes haber sufrido mucho."

"¡Ay!", gritó su Alma, "no puedo encontrar lugar de entrada, tan rodeado de amor está este corazón tuyo."

"Sin embargo, desearía poder ayudarte", dijo el joven Pescador.

Y mientras hablaba, llegó desde el mar un gran grito de luto, incluso el grito que los hombres oyen cuando uno de los del Pueblo del Mar ha muerto. Y el joven Pescador saltó, dejó su casa de zarzos y corrió hacia la orilla. Y las olas negras vinieron apresuradas a la orilla, trayendo consigo una carga que era más blanca que la plata. Blanca como la espuma era, y como una flor se balanceaba sobre las olas. Y la espuma la tomó de las olas, y la espuma la tomó de la espuma, y la orilla la recibió, y yaciendo a sus pies el joven Pescador vio el cuerpo de la pequeña Sirena. Muerta a sus pies yacía.

Llorando como uno herido de dolor se arrojó junto a ella, y besó el frío rojo de la boca, y jugueteó con el húmedo ámbar del cabello. Se arrojó junto a ella sobre la arena, llorando como uno que tiembla de alegría, y en sus brazos morenos la sostuvo contra su pecho. Fríos estaban los labios, aún así los besó. Salado era el miel del cabello, aún así lo saboreó con una alegría amarga. Besó los párpados

cerrados, y la salvaje espuma que yacía sobre sus copas era menos salada que sus lágrimas.

Y al ser inerte le hizo confesión. En las conchas de sus oídos vertió el vino áspero de su relato. Puso las pequeñas manos alrededor de su cuello, y con sus dedos tocó la delgada caña de la garganta. Amarga, amarga era su alegría, y llena de extraña felicidad era su dolor.

El mar negro se acercó más, y la blanca espuma gemía como un leproso. Con blancas garras de espuma, el mar arañaba la orilla. Desde el palacio del Rey del Mar vino de nuevo el grito de luto, y lejos en el mar, los grandes Tritones soplaron con fuerza en sus cuernos.

"Huye lejos", dijo su Alma, "pues siempre el mar se acerca más, y si te demoras te matará. Huye lejos, pues tengo miedo, viendo que tu corazón está cerrado contra mí por la grandeza de tu amor. Huye a un lugar seguro. ¿Seguramente no me enviarás sin corazón a otro mundo?"

Pero el joven Pescador no escuchó a su Alma, sino que llamó a la pequeña Sirena y dijo: "El amor es mejor que la sabiduría, y más precioso que las riquezas, y más hermoso que los pies de las hijas de los hombres. El fuego no puede destruirlo, ni las aguas apagarlo. Te llamé al amanecer, y no viniste a mi llamada. La luna escuchó tu nombre, aún así no tuviste cuidado de mí. Pues mal hice en dejarte, y a mi propio daño me alejé. Sin embargo, siempre tu amor permaneció conmigo, y siempre fue fuerte, ni nada prevaleció contra él, aunque he mirado el mal y mirado el bien. Y ahora que estás muerta, seguramente moriré contigo también."

Y su Alma le suplicó que partiera, pero él no lo hizo, tan grande era su amor. Y el mar se acercó más, y buscó cubrirlo con sus olas, y cuando supo que el final estaba cerca, besó con labios locos los fríos labios de la Sirena, y el corazón que estaba dentro de él se rompió. Y como a través de la plenitud de su amor su corazón se rompió, el

Alma encontró una entrada y entró, y fue uno con él como antes. Y el mar cubrió al joven Pescador con sus olas.

Y por la mañana, el Sacerdote salió para bendecir el mar, pues había estado turbado. Y con él fueron los monjes y los músicos, y los portadores de velas, y los que balanceaban los incensarios, y una gran compañía.

Y cuando el Sacerdote llegó a la orilla vio al joven Pescador yaciendo ahogado en la espuma, y abrazado en sus brazos estaba el cuerpo de la pequeña Sirena. Y se retiró frunciendo el ceño, y habiendo hecho la señal de la cruz, gritó en voz alta y dijo: "No bendeciré el mar ni nada de lo que está en él. Malditos sean los del Pueblo del Mar, y malditos sean todos los que trafican con ellos. Y en cuanto a él que por amor a Dios abandonó, y así yace aquí con su querida muerta por juicio de Dios, tomen su cuerpo y el cuerpo de su querida, y entiérrenlos en la esquina del Campo de los Bataneros, y no pongan marca sobre ellos, ni señal de ningún tipo, que nadie sepa el lugar de su descanso. Pues malditos fueron en sus vidas, y malditos serán también en sus muertes."

Y la gente hizo como él les mandó, y en la esquina del Campo de los Bataneros, donde no crecían hierbas dulces, cavaron un pozo profundo, y pusieron dentro las cosas muertas.

Y cuando el tercer año terminó, y en un día que era un día sagrado, el Sacerdote subió a la capilla, para que pudiera mostrar a la gente las heridas del Señor, y hablarles de la ira de Dios.

Y cuando se había vestido con sus ropas, y entrado y se inclinó ante el altar, vio que el altar estaba cubierto con flores extrañas que nunca antes se habían visto. Extrañas eran ellas al mirar, y de curiosa belleza, y su belleza lo perturbaba, y su olor era dulce en sus narices. Y se sintió alegre, y no entendía por qué estaba alegre.

Y después de que hubiera abierto el tabernáculo, e incensado la custodia que estaba en él, y mostrado la oblea hermosa a la gente, y la ocultó de nuevo detrás del velo de los velos, comenzó a hablar a la gente, deseando hablarles de la ira de Dios. Pero la belleza de las

flores blancas lo perturbaba, y su olor era dulce en sus narices, y vino otra palabra a sus labios, y no habló de la ira de Dios, sino del Dios cuyo nombre es Amor. Y por qué así habló, no lo sabía.

Y cuando terminó su palabra, la gente lloró, y el Sacerdote regresó a la sacristía, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y los diáconos entraron y comenzaron a desvestirlo, y le quitaron el alba y el cíngulo, el manípulo y la estola. Y él se quedó como en un sueño.

Y después de que lo hubieron desvestido, los miró y dijo: "¿Cuáles son las flores que están sobre el altar, y de dónde vienen?"

Y ellos le respondieron: "No podemos decir qué flores son, pero vienen de la esquina del Campo de los Bataneros." Y el Sacerdote tembló, y regresó a su propia casa y rezó.

Y por la mañana, mientras aún era el amanecer, salió con los monjes y los músicos, y los portadores de velas y los que balanceaban los incensarios, y una gran compañía, y llegó a la orilla del mar, y bendijo el mar, y todas las cosas salvajes que hay en él. También bendijo a los Faunos, y a las pequeñas cosas que bailan en el bosque, y a las criaturas de ojos brillantes que se asoman a través de las hojas. Todas las cosas en el mundo de Dios bendijo, y la gente se llenó de alegría y asombro. Sin embargo, nunca más en la esquina del Campo de los Bataneros crecieron flores de ningún tipo, pero el campo permaneció estéril incluso como antes. Ni vinieron las gentes del Mar a la bahía como solían hacer, pues se fueron a otra parte del mar.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

1. [El pescador y su alma - Oscar Wilde](#)
2. [El pescador y su alma](#)
3. [Oscar Wilde](#)